

BOCKISS



Merche Diolch

Lacassitos en
primavera



Merche Diolch
Lacassitos en
primavera

BOOKISS

BOOKISS, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, abril 2023
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-49-3
Depósito Legal: CS 149-2023
© del texto, Merche Diolch
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Paola C. Álvarez

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Lacasitos es una marca registrada
de COMERCIAL CHOCOLATES LACASA, S.A.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Prólogo

El sonido del teléfono se escuchaba por la casa sin que nadie le prestara atención.

La mayoría de las personas que habían acudido vestían con ropas negras en señal de respeto y se encontraban de pie mientras charlaban sobre la vida del que ya no los acompañaba. Eran pocos los afortunados que ocupaban los sillones o las sillas que habían trasladado al salón desde otras habitaciones.

Al contrario de lo que se esperaba, la reciente viuda iba de un lado a otro de la casa, intentando atender a los allí reunidos.

La cocina estaba llena de bandejas de comida que habían traído muchos de los allegados y había que evitar que quedaran sobras, ya que, cuando la puerta de la casa se cerrara y su dueña estuviera sola, no podría con todos esos productos.

Laura y su madre, vecinas y amigas de Estela desde hacía muchos años, le habían insistido para que descansara desde que habían llegado al chalé, pero no habían tenido éxito en su empeño.

La mujer atendía a sus invitados con la sonrisa de siempre; la misma que llevaba mostrando en su cara desde que

Laura tenía memoria, sin que reflejara en ningún momento algún signo de tristeza.

El timbre del teléfono volvió a sonar, atrayendo la atención de las tres mujeres, que en ese instante se encontraban solas en la cocina.

Estela se quitó las gafas de metal plateado y se llevó las manos al entrecejo mientras cerraba los ojos. Fue el único momento en el que Laura la vio flaquear.

—¿Quieres que atienda yo la llamada? —se ofreció, solícita, atrapando una de sus arrugadas manos.

La mujer mayor observó con cariño a la joven y asintió con una sonrisa.

—Gracias, creo que subiré un momento a mi habitación y...

—Te acompaño, Estela —dijo Loli, la madre de Laura, que pasó su brazo por debajo del de su amiga—. Si quieres, puedes echarte un rato en la cama.

La mujer de gafas negó con la cabeza y sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos. Estaba demasiado cansada, pero su educación no le permitía hacer lo que su cuerpo le demandaba. Lo que su corazón le solicitaba.

—Tengo que atender a mis invitados.

Loli le palmeó la mano con cariño.

—Tus invitados pueden servirse solos y, si no fuera así, ya estamos Laura y yo para ayudar.

Estela observó a la joven que le acababa de dar un beso en la mejilla y asintió agradecida.

—¡Qué mayor y guapa está tu hija!

Loli se rio saliendo por la puerta con su amiga.

—Todos nos hacemos mayores, Estela.

Laura sonrió al observar a la pareja mientras se encaminaba hacia las escaleras que conducían al piso superior. Eran muchos los años de amistad los que unían a las dos mujeres. Vecinas desde siempre, sus casas solo estaban separadas por unos setos verdes que en más de una ocasión habían sufrido los estragos de las travesuras de sus hijos. Eran de los pocos de la urbanización que no mantenían un equilibrio adecuado. Más altos, más bajos, ausentes...

El teléfono volvió a sonar captando la atención de Laura, alejándola de unos recuerdos que parecían tan lejanos y que no recuperaría en mucho tiempo. Quizás nunca. Más después de la pérdida de Simon.

Suspiró, se apartó el cabello de la frente y cerró los ojos, buscando la fuerza que necesitaba para recomponerse. Tomó el auricular y, tras unos segundos que parecieron interminables para la persona que había al otro lado de la línea telefónica, respondió:

—Dígame...

—¿Laura? ¿Eres tú?

El cuerpo de la joven se tensó al escuchar la voz masculina.

—Sí, soy yo —confirmó de manera seca.

Un suspiro se escuchó al otro lado.

—Menos mal. Llevo toda la mañana llamando, intentando que alguien atienda el teléfono...

—Ajá.

—¿Y mi madre?

—Arriba —respondió sin dar más detalles.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

En verdad, se lo notaba preocupado, pero Laura no estaba dispuesta a ceder.

Se escondió dentro de la despensa, tras comprobar que nadie podía verla, y cerró la puerta, pillando el cable telefónico. Era mejor que esta conversación no llegara a oídos ajenos.

—¿Cómo crees que puede estar? —Silencio—. Dime, Arturo, ¿cómo crees que debe estar tras perder a su marido?

Un suspiro.

—Lo sé... Ha sido una pregunta tonta.

Laura bufó y se apoyó en la puerta, dentro de la oscuridad del pequeño cuarto, mientras el silencio los envolvía.

Pasaron unos minutos. Segundos... sin que ninguno dijera nada. Con miedo a hablar y que terminaran discutiendo. No era el momento. No era el lugar.

—¿Dónde estás? —preguntó, sabiendo la respuesta de antemano.

—En Fairbanks, Alaska.

—Ajá...

—No podía marcharme ahora. Nos queda un mes —intentó justificarse—. Estamos en el estadio más importante de la investigación. Las auroras boreales...

—Arturo... —lo llamó interrumpiendo su diatriba, y el mismo silencio tenso se posó entre los dos de nuevo.

—No podía, Laura. Compréndelo.

—Era tu padre —señaló con voz seria, y colgó sin darle opción a réplica.

El joven observó el auricular con impotencia mientras el sonido intermitente se escuchaba en mitad de la nada. Miró hacia el cielo, donde las auroras boreales teñían el manto nocturno, y sintió como una lágrima solitaria se escapaba de sus ojos.

Capítulo 1

Un mes después...

La dueña de la casa abrió la puerta blanca de la calle con una gran sonrisa.

—Hola, Laura. Tu madre no me ha dicho que ibas a venir. ¿Cuándo has llegado?

Esta subió los dos escalones de la entrada y le dio un beso en la mejilla a Estela.

—Esta mañana. —Entró en la vivienda sin esperar a ser invitada—. ¿Dónde está?

La mujer mayor sonrió con afecto.

—Arriba. En su cuarto, deshaciendo las maletas.

Laura bufó.

—¿Ha llegado hoy? —preguntó mientras subía por las escaleras.

—Sí, pero no seas muy dura con él.

Esta se apartó el cabello rubio de la cara y apoyó la mano en la barandilla, deteniendo su ascenso.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. —Iba en busca de su objetivo cuando se acordó de algo y llamó a la vecina de su madre, parándose de nuevo—: ¿Estela?

La mujer, que ya desaparecía por la puerta de la cocina, se volvió para mirarla.

—Dime, hija.

Laura se mordió nerviosa el labio inferior. Ahora no sabía cómo preguntarle lo que la intrigaba desde hacía un mes. Quizás era mejor callar que entrometerse en lo que no le incumbía.

—Nada. No te preocupes. No es importante. —Fue a retomar su ascenso, pero Estela la detuvo:

—Laura, hija... Hay confianza, ¿no? Nos conocemos desde hace muchos años...

Ella se rio.

—Desde que estaba en la barriga de mi madre.

Estela asintió divertida.

—Exacto. Además, te considero parte de mi familia y sé que hay algo que necesitas decir en voz alta. Por lo que no te cortes y suéltalo o no te dejará descansar.

Laura se mordió el labio de nuevo, pero asintió convencida y se lanzó sin pensarlo mucho más:

—¿Por qué no estás enfadada? No vino al entierro de su padre...

Estela se apoyó en el marco de la puerta de la cocina y se quitó las gafas para limpiar los cristales con el delantal que llevaba mientras pensaba una respuesta.

—Es igual que él. Para Simon lo primero siempre fueron sus estudios, sus investigaciones... —le explicó mientras volvía a ponerse las gafas—. Sus estrellas...

—Pero era su padre... —dijo sin comprender.

La mujer le regaló una dulce sonrisa.

—Aunque no lo creas, el no venir ha sido su forma de despedirse. Para Arturo está siendo muy duro.

Laura suspiró, reticente a que su enfado se desvaneciera.

—No sé cómo lo soportabas.

Estela escondió sus manos en los bolsillos del delantal.

—¿El qué?

—Que no fueras lo primero en su vida.

La sonrisa de la mujer se amplió al escucharla.

—El amor —dijo con sencillez—. El amor que sentía por Simon, que siento por Arturo, hace que comprenda que para ellos sus estrellas los hacen felices. Cuando quieres a alguien, buscas su felicidad.

Laura se apoyó en la barandilla.

—Pero ¿y tú? ¿Qué pasa con tu felicidad?

—Yo era feliz al lado de Simon.

Los ojos negros de la joven se humedecieron al escucharla y asintió con la cabeza mientras un silencio cómplice las arropaba.

—¿Estás bien?

Estela, que no había perdido la sonrisa en ningún momento de la conversación, movió la cabeza de manera afirmativa.

—¿Te quedarás a cenar?

La joven miró hacia el piso de arriba, donde se encontraba la habitación de Arturo.

—Depende de tu hijo.

La risa cascada de la mujer resonó por la casa.

—No seas demasiado dura con él —la aconsejó, y desapareció por la cocina a continuación.

Laura negó con la cabeza y subió los escalones que la separaban de su objetivo.

Se acercó hasta la puerta del dormitorio del que era su amigo desde la infancia y la abrió sin avisar de su llegada.

Capítulo 2

No pudo traspasar el umbral de la habitación. El impacto de ver a su amigo, a Arturo, hizo tambalear por unos segundos todo su cuerpo. Lo había echado de menos y su corazón, aquel que tenía en cuarentena desde hacía mucho tiempo, empezó a latir a un ritmo diferente pero al mismo tiempo ya conocido por su dueña.

Cerró los ojos por unos segundos y respiró con lentitud. Tenía que controlarse...

Debía controlarse.

No podía dejar que los sentimientos que sentía hacia Arturo, y que ocultaba desde hacía años, reaparecieran.

Debía ignorar lo que no quería reconocer.

Por ella... Por él... Por su amistad.

Sobre todas las cosas, lo importante era su amistad.

Abrió los ojos de nuevo y observó la ancha espalda de Arturo. Estaba sentado en la cama, cerca de la ventana que comunicaba con la pequeña terraza, donde descansaba su primer telescopio. Aquel que le habían regalado por Navidad, hacía ya muchos años, y que él celebró como si hubiera recibido la última videoconsola que había salido al mercado.

Nunca había sido como los demás niños.

Nunca había sido como los otros hombres que Laura había conocido durante esos años y ahora, en esa posición, con la vista perdida en el cielo azul de la isla, era la viva imagen de la desolación.

Iba vestido con una camisa azul que llevaba por fuera del vaquero, de similar tono, y que Laura sabía con certeza que le sentaba a las mil maravillas. Era su color. Con el que lo recordaba cada vez que la añoranza la invadía.

Su cabello castaño, más largo de lo que estaba acostumbrado a llevar, era un claro ejemplo de que su mente había estado inmersa en la investigación que lo había retenido en Alaska. Sus estudios, sus investigaciones lo abstraían tanto que al final se olvidaba de sí mismo. Hasta de alimentarse.

A Laura no la extrañaba que fuera así. Era algo que le solía suceder muy a menudo cuando las estrellas y los planetas lo atraían como un imán.

Observó cómo esos largos mechones se enrollaban en el cuello de la camisa, atrayendo su propia mirada negra y, con ella, unas ganas inmensas de enredar sus dedos entre los ensortijados rizos, aumentando su anhelo por deleitarse con su suavidad.

Apretó sus puños con fuerza, buscando negar sus instintos, y, al mismo tiempo, movió la cabeza de forma negativa, tratando de alejar esos pensamientos.

Los mismos que habían hibernado en la profundidad de sus entrañas hasta esos instantes.

Los que llevaba ignorando para poder seguir respirando, viviendo...

Arturo no se había percatado de su llegada. Su mirada cristalina, de un azul celeste casi blanco, estaba perdida en el exterior de la casa. Unos ojos que Laura conocía muy bien, que sabía leer sin problemas.

Entre ellos no había secretos.

Nunca los hubo.

Salvo uno...

Habían compartido muchos momentos a lo largo de su vida. Juegos infantiles, travesuras que alteraban la rutina de sus familiares, ratos de estudios, de charlas o confidencias. Consejos que se habían dado ambos en momentos difíciles y silencios en los que solo habían buscado la compañía del otro.

Hay silencios con significados escondidos, camuflados, que muestran mucho más que los discursos más elaborados.

Los dos eran amigos, confidentes, desde niños y, aunque hubo un momento en que su relación pudo peligrar, supieron atajarlo y solucionarlo.

Un pequeño temblor se produjo en su estómago. Un aleteo nervioso que llevaba bastante sin aparecer y que había conseguido retener con algo de esfuerzo. Se llevó su mano hasta la zona en la que las mariposas aletargadas buscaban despertar y respiró con fuerza de nuevo intentando controlarlas.

No debía...

—Bueno, bueno, bueno... —dijo, llamando la atención de Arturo, al mismo tiempo que trataba de alejar posibles problemas—. El hijo pródigo ha regresado al hogar.

El hombre se giró en la cama y sonrió a la recién llegada. Intentó esconder la tristeza de su mirada con rapidez, pero Laura la vio sin problemas.

No podía engañarla.

—La señora editora..., ¿y mis Lacasitos?

La risa femenina estalló por la habitación mientras su dueña echaba mano al bolsillo trasero de su vaquero y sacaba un cilindro de colores para tirárselo a continuación.

—Me encanta que te preocupes más por estas chocolatinas que por mí.

El hombre atrapó al vuelo el bote de grajeas de colores y le guiñó un ojo.

—Las tradiciones son las tradiciones, y ya sabes que no puedes traspasar la puerta de mi dormitorio sin ofrecerme una prenda.

Laura se sentó encima de la cama junto a él y le golpeó el hombro con cariño.

—Siempre he pensado que en esta relación salgo perdiendo. Tú recibes y yo miro.

Arturo abrió el bote y se llevó a la boca los Lacasitos. Observó a su amiga mientras masticaba el chocolate.

—Pero te enseñé las estrellas —recordó Arturo, en referencia a su primer encuentro nocturno—. Toma, pero no te acostumbres.

Laura se rio con fuerza mientras atrapaba algunos de los chocolates y le devolvía el tubo de inmediato.

Tenían un acuerdo. Un acuerdo infantil que, aunque habían pasado los años, seguían manteniendo.

La primera vez que Laura visitó la casa de Arturo a ninguno de los dos les hizo gracia.

Se conocían del colegio, de cruzarse por los pasillos o de toparse en el recreo, donde Laura terminaba sufriendo las «atenciones» del pequeño.

Ella solo tenía cinco años y en más de una ocasión había salido llorando del colegio, buscando el consuelo de los brazos de su madre, porque el «odioso» Arturo le había vuelto a tirar de las trenzas.

Arturo, a pesar de ser el mayor de los dos —con sus siete años se creía ya un adulto—, sentía una atracción irremediable hacia las trenzas de Laura. Cada vez que la veía rodeada de sus amigas o se cruzaba con ella, sus manos terminaban tirando de su cabello al mismo tiempo que hacía el sonido de una sirena atrayendo la atención.

Tras el grito inicial de la niña, por el tirón de pelo, salía corriendo para evitar que lo alcanzara y le pegara, porque Laura no se amilanaba. Enfurecida y avergonzada, pero sobre todo muy —muy— enfadada, se lanzaba en pos de su «enemigo» para vengarse.

Luego, venían los lloros... por las dos partes.

No se tenían mucho aprecio e incluso, dentro de su mente infantil, no se gustaban, aunque ambos se buscaban o se extrañaban cuando uno de los dos no acudía a la escuela.

Cuando la madre de Arturo lo avisó de que Laura iría esa tarde a su casa, este se enfadó. Tiró al suelo las pinturas con las que dibujaba en un papel, en la cocina, y le gritó a su progenitora:

—No quiero que esa niña mimada venga a «mi» casa.

Estela, sorprendida por su comportamiento, no dudó ni un segundo:

—No te preocupes, que no la verás —le dijo, seria. Se acercó a él, enfrentó su mirada infantil y le indicó en apenas un susurro—: Recoge lo que has tirado y sube a tu habitación. Estás castigado.

—¡Mamá!

—Ni mamá ni nada. Sube.

El pequeño, resignado, haciendo pucheros, hizo lo que le ordenó y desapareció escaleras arriba.

Cuando Laura llegó a su casa, tampoco es que estuviera de mejor humor.

Loli, su madre, también le había leído la cartilla tras un berrinche muy similar al de su archienemigo. Ella había recurrido a las lágrimas de cocodrilo —de esas que desaparecen en un parpadeo cuando se consigue lo que se busca— y, con palabras incoherentes, le imploraba no ir a la casa del niño que le tiraba de las trenzas.

—Mamá, no quiero ir. Es odioso y no es mi amigo.

Loli, al contrario que su vecina, sí dudó por un momento —no le gustaba ver a su hija en ese estado—, pero al final no cedió. Entre Estela y ella habían acordado que la mejor forma para que sus hijos terminaran llevándose bien era «forzar» su amistad. Debían obligarlos a relacionarse, a que se conocieran y trataran de ser amigos, en un ambiente cómodo y tranquilo, bajo su supervisión.

Cualquiera que las hubiera visto cuando se reunieron para maquinar su plan podría haber pensado que estaban

negociando, para llegar a buen término, el tratado de paz de la Segunda Guerra Mundial.

Las dos sudaron lo suyo y las dos llegaron a comprender —salvando las distancias— lo que se sufrió en su momento.

Estela y Loli acordaron que, si después de su experimento no alcanzaban su objetivo, lo darían por imposible y no lo volverían a intentar. A pesar de que ambas sentían que era una lástima que, siendo vecinas, muchas veces tuvieran que aplazar sus charlas o salidas, donde se distraían como amigas, porque sus pequeños no se soportaban.

Al final, a regañadientes, Laura acabó en la cocina de Estela. Sentada en una de las sillas de madera que rodeaban la mesa, con un sándwich de Nocilla y un vaso de leche delante de ella que le habían puesto para merendar.

La niña estaba enfadada por estar allí, temerosa por encontrarse con su odiado enemigo mortal —Laura sabía que existían más adjetivos descalificativos que utilizar contra alguien «odioso», pero todavía no se los había aprendido—, pero, sin querer reconocérselo a ella misma, sintiendo curiosidad por verlo.

«Seguro que, aunque tengo cinco años, ya soy mayor, porque mi madre siempre dice que cuando sea adulta, mi cabeza será un refugio de sentimientos encontrados», pensó y asintió con la cabeza de forma exagerada. Sí, debía ser eso, porque ella no quería saber nada de Arturo. O sí...

Puso cara de asco y bebió de la leche mientras trataba de afinar el oído para escuchar la conversación que mantenía

su madre con Estela. Puede que así descubriera dónde se encontraba su enemigo mortal.

Para evitar encontrárselo, claro.

Mientras la pequeña trataba de comprender lo que sentía, las dos mujeres tomaban café y no paraban de hablar de sus cosas, sin hacerle caso.

Pasó el tiempo y... comenzó a aburrirse. El tema que trataban tampoco es que le llamara mucho la atención y el nombre de Arturo no salía por ningún sitio.

Se acabó la merienda, miró a la dueña de la casa y luego pasó a su madre. Se rascó la cabeza y, tras poner su mejor cara —esa con la que conseguía parecer una niña buena—, preguntó:

—¿Puedo ir al servicio?

Estela asintió sin dudarlo.

—Arriba. Subes las escaleras y la primera puerta a la derecha.

Loli miró confusa a su amiga porque señalara el cuarto de aseo de ese piso.

—¿Arriba?

La madre de Arturo le hizo un gesto con la mano para que esperara y volvió a dirigirse a la pequeña:

—Laura, cariño, ¿quieres que vayamos contigo?

La niña negó con rapidez y desapareció por la puerta sin mayor dilación.

—¿Te sucede algo en el cuarto de baño de la planta de abajo? —interrogó Loli a Estela en cuanto se quedaron solas.

Estela le sonrió.

—Creo que, si le facilitamos un poco las cosas, acabará en la habitación de Arturo.

La madre de Laura no pudo evitar reír por los tejemanejes de su amiga y esta última no tardó en acompañarla con carcajadas sonoras.



La niña subió las escaleras, ajena a las maquinaciones de las dos madres, con intención de entrar en el aseo, pero un ruido y un grito llamaron su atención. Su curiosidad infantil se apoderó de ella y no dudó en investigar lo que sucedía.

Despacio, intentando que sus pasos no se escucharan, se acercó hasta la habitación de la que salían las risas. Asomó su pequeña cabecita por la puerta y se encontró a Arturo jugando.

Para su sorpresa, vio cómo este saltaba de la cama hacia una montaña de cojines que tenía enfrente al mismo tiempo que gritaba o estiraba los brazos como si fuera un superhéroe. A veces se lanzaba solo y otras portaba entre sus manos una gran nave espacial.

En una de esas caídas, el pequeño no tuvo cuidado y se precipitó sobre el duro suelo en lugar de la blanda superficie.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Laura, corriendo hacia él.

Este agarró su rodilla y negó con la cabeza, pero no la miró.

—No. —Intentó hacerse el fuerte, aunque unas pocas lágrimas se le escapaban de los ojos.

—¿Seguro? —insistió la niña mientras posaba sus pequeñas manos sobre la rodilla dañada.

Arturo observó sus manos unidas y luego la miró.

—Me duele un poco —confesó a media voz, al fin.

Laura se sentó delante de él.

—Mi mami para que no me duela me da un beso.

El niño puso cara de asco.

—No me gustan los besos.

Laura sonrió con timidez y se encogió de hombros al mismo tiempo que observaba el dormitorio por si encontraba algo que pudiera ayudar a Arturo. No sabía muy bien qué hacer para que no le doliera la rodilla a su amigo.

«¿Cuándo se ha convertido mi archienemigo en amigo?», pensó su mente infantil.

—Espera... Creo que... —Se levantó deprisa y salió corriendo de la habitación, ante el asombro de Arturo.

La pequeña descendió las escaleras con velocidad, lo más rápidamente posible que le permitieron sus pequeñas piernas, y apareció en la cocina.

—Mamá, ¿tienes Lacasitos?

Loli la miró extrañada.

—Acabas de merendar. ¿Te has quedado con hambre?

Ella negó con la cabeza.

—No, no son para mí. Son para Arturo.

Estela sonrió y le guiñó un ojo a su amiga por las palabras de la pequeña.

—Cariño, no sé si me quedan —comentó Loli mientras tomaba su bolso de la silla que tenía cerca y rebuscaba hasta encontrar uno de los tubos de colorines que solía llevar siempre al tratarse de los chocolates favoritos de su hija—. Aquí tienes.

Laura se lo quitó de las manos y salió corriendo sin decir nada más.

Subió las escaleras y entró en el dormitorio de Arturo de nuevo, acomodándose delante de él.

—Ya está —le dijo.

El niño, que seguía en la misma posición en la que lo había dejado, la miró sin comprender.

—¿Qué está?

—Como no te gustan los besos —Arturo volvió a poner cara de asco al escuchar esa palabra—, tómate un lacasito. —Le enseñó el bote—. Seguro que se te quitará el dolor. Son mis favoritos.

El pequeño agarró lo que le ofrecía y se comió algunas grajeas de colores.

—¿Estás mejor? —le preguntó Laura de inmediato.

Este encogió los hombros.

—Sí.

La niña sonrió y miró a su alrededor, captando su atención un telescopio que había en la terraza.

—¿Qué es eso? —Lo señaló.

Arturo siguió su dedo y se levantó sin problemas. Por arte de magia, el dolor había desaparecido.

—Mi telescopio —dijo con orgullo.

—Ahh... —Laura se llevó la mano a la barbilla, asintió con lentitud y achicó los ojos. Trató de imitar a los adultos,

poniendo cara de interesante, aunque en realidad no sabía para qué servía ese objeto. Era la primera vez que había escuchado su nombre—. Y qué hace un te... te...

—Telescopio. —Laura movió la cabeza con fuerza y sonrió acercándose al niño—. Con él ves las estrellas.

—Hala... ¿Y puedo verlas ahora?

Arturo se rio.

—No, tonta. Tiene que ser de noche.

Laura se puso seria de pronto y las lágrimas bañaron sus mejillas.

—No soy tonta —indicó, y se alejó de su lado.

Arturo arrugó el ceño, confuso. La había visto llorar muchas veces y en algunas ocasiones el culpable de esas lágrimas era él mismo, pero hoy, por primera vez, se dio cuenta de que no le gustaba verla así. Laura se había preocupado por él cuando se había caído y, encima, le había dado Lacasitos para que el dolor desapareciera.

No podía dejar que se marchara en ese estado.

Corrió hacia ella, que estaba a punto de traspasar la puerta de su habitación, y atrapó la pequeña mano de su amiga antes de que se fuera.

—Si me traes más Lacasitos, te enseño las estrellas esta noche. —No fue una disculpa, pero casi.

La niña cambió el gesto con velocidad nada más escucharlo. Incluso a Arturo le pareció increíble cómo terminó de llorar tan rápido, pero no le dio tiempo a pensar en ello, porque de pronto sintió que se colgaba de su cuello y le daba un beso en la mejilla, que lo descolocó ya del todo.

—Voy a contárselo a mamá para que me dé más botes de Lacasitos —anunció Laura, feliz, saliendo del dormitorio sin mirar atrás.

Si lo hubiera hecho, quizás se habría sorprendido de ver a su hasta entonces archienemigo con la cara roja como un tomate, quieto como una estatua y sin saber reaccionar.

Pero no lo hizo...

Capítulo 3

—¿Qué es de tu vida? —le preguntó Arturo pasados unos minutos en los que los dos habían estado saboreando los Lacasitos.

Laura se levantó de la cama y fue hacia el ventanal. Se apoyó en la pared y observó el jardín. El viejo árbol que habían utilizado para columpiarse había crecido bastante y sus ramas ya sobrepasaban la terraza desde donde veían las estrellas.

—Trabajando.

La risa de Arturo atrajo su atención.

—Pero harás algo más que trabajar, ¿no?

Ella suspiró y volvió a mirar el árbol. Observó como en una de sus ramas había un pequeño nido donde los pájaros daban de comer a sus polluelos.

La primavera ya había llegado.

—Sí, claro, como tú —le soltó.

El hombre se llevó una de sus manos al cabello y le ofreció una sonrisa de medio lado.

—Has tardado más de lo que pensaba.

—¿En qué? Todavía no he dicho nada. —Se cruzó de brazos y lo miró con seriedad.

Arturo soltó el aire que retenía.

—Sé que debería haber venido, pero...

—No viniste —lo cortó.

Se pasó la mano por su mandíbula, donde se apreciaba que necesitaba un buen afeitado.

—Laura, ya te expliqué que la investigación estaba en un punto crítico.

Ella levantó las manos al techo para dejarlas caer a continuación. Se remangó las mangas de su sudadera rosa y escondió las manos en los bolsillos del vaquero.

—Sí, me lo dijiste, pero era el funeral de tu padre, Arturo. Tu padre.

Este se levantó de la cama y se fue hacia la mesa donde aún quedaban algunos de los libros de su carrera de Física. Golpeó el globo astral que había en uno de los lados de la superficie de madera, moviéndolo con el impulso, y las constelaciones comenzaron a moverse con velocidad hasta que el dedo índice de Arturo lo detuvo. Su padre le había construido ese globo a imitación del terráqueo, que abundaba en muchos dormitorios infantiles, pero, a diferencia de estos, donde los continentes y los océanos estaban representados, en el de él se mostraban las estrellas.

—Mi padre lo habría comprendido —indicó a media voz.

—Arturo...

Este se volvió y se encogió de hombros.

Laura observó en sus ojos la humedad de las lágrimas sin derramar.

—No pude venir... —Dudó—. No encontré las fuerzas suficientes para coger un vuelo y presentarme en su

funeral. —Se llevó una mano hasta su nuca y suspiró—. Al estar allí, en Alaska, estudiando las auroras boreales, hubo un momento en que creí que estaba conmigo. A mi lado.

—Arturo, yo...

Negó con la cabeza y mostró una triste sonrisa.

—¿Esta vez no me recomiendas ninguna de esas novelas que publicas? —le preguntó cambiando de tema.

Lo miró con ternura por unos segundos, comprendiendo que su amigo no estaba preparado para hablar de ello todavía, y decidió seguirle el juego.

—Necesitarás papel y boli para apuntar todos los títulos que te voy a decir. Desde la última vez que hablamos, hemos publicado libros muy interesantes.

Arturo se rio.

—Eso está hecho. —Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó una pequeña libreta junto a un boli verde que, en su extremo, tenía una cabeza de un duende que se movía gracias a un pequeño muelle—. Ya está. —Se volvió hacia ella con una gran sonrisa, al mismo tiempo que se dejaba caer sobre la silla de estudio. Un sonido de muelles viejos los envolvió, por el esfuerzo de aguantar su peso.

Laura se acercó hasta él con el ceño fruncido y atrapó el bolígrafo que le enseñaba.

—Oye, esto es mío.

—Eso no puede ser —se defendió.

—Sí, sí... Es mío. Lo perdí una de las tardes que vine a estudiar contigo.

Arturo se lo quitó de las manos y se fue hacia el ventanal con la excusa de verlo mejor a la luz del sol.

—¿Seguro que es tuyo? —insistió.

—No te acuerdas de que lo estuvimos buscando, pero, al no encontrarlo, me dijiste que quizás lo habría perdido en el instituto —le explicó lo sucedido.

Tenía muy buena memoria, y más en lo concerniente a esa tarde en la que los dos estudiaban sin avanzar mucho.



Esa tarde había llegado corriendo a casa de Estela desde el instituto; comía con ellos ese día y estaba deseando enseñarle a su mejor amigo el regalo que le había hecho en clase el chico por el que bebía los vientos.

Entró en tropel en la habitación de Arturo y se tiró encima de él, derribándolo de la cama para acabar los dos por el suelo, sin parar de reír.

—¿Qué te pasa, enana?

Laura se apartó de él, intentando recobrar el aliento, y se apoyó en la pared del cuarto, cercana al ventanal.

—Mira lo que me ha regalado Luis. —Sacó el bolígrafo verde de su mochila y se lo mostró.

Este se lo quitó de las manos y lo miró extrañado.

—¿Qué es?

Laura se rio y le arrebató su bolígrafo nuevo.

—No seas tonto, Arturo.

El chico se quedó mirando a su amiga en silencio, observando cómo analizaba con una sonrisa bobalicona cada detalle del presente. Se levantó del suelo y le dio la espalda.

—Un poco feo, ¿no?

—No sé por qué lo dices. Creo que es muy cuqui.

Arturo se acercó hasta la mesa donde descansaban los libros de Física de su primer año de carrera y se sentó en la silla.

—Tú misma —señaló—, pero pienso que podría haberse estirado un poco más —soltó de forma brusca, sorprendiendo a su amiga por el tono usado.

Laura se encogió de hombros y empezó a sacar su archivador y el estuche de la mochila.

—A mí me gusta —insistió—. Y es de Luis.

—Es de Luis... —repitió de forma despectiva para sí mismo, sin que ella lo escuchara.

—¿Has comido ya? —se interesó ella, sin dejar de mirar el bolígrafo.

Arturo se giró en la silla y asintió.

—He llegado antes de lo esperado y tenía hambre.

Las tripas de Laura resonaron en la habitación, al mismo tiempo que sentía como sus mejillas enrojecían levemente. Se llevó una mano al estómago y sonrió.

—Yo no.

El chico se rio.

—¿Por qué no bajas a comer algo? Los libros no se van a ir a ningún sitio y yo, mientras tanto, voy adelantando, que tengo mucho que repasar.

Laura se levantó y lo abrazó por la espalda.

—¿Me prometes que luego me explicarás lo de las estadísticas?

Arturo atrapó sus manos y asintió con una sonrisa que abarcaba toda su cara.

—Si no tengo más remedio...

—Eres mi mejor amigo.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó hacia la cocina.

El joven observó cómo desaparecía de su habitación hasta que se quedó solo. Se volvió hacia el escritorio, con intención de ponerse con los libros, pero, mientras se giraba sobre la silla, su atención recayó en algo verde que descansaba sobre la cama.



—Y, cuando regresé de comer, ya no estaba el bolígrafo de Luis —le explicó Laura al hombre que la miraba con mirada traviesa.

—¿Se llamaba Luis? —preguntó con inocencia.

La risa de Laura reverberó por el dormitorio.

—No seas cínico.

Este se llevó las manos al corazón.

—¿Yo? Mira que después del tiempo que llevamos sin vernos me digas eso... Me rompes el alma.

La mujer se rio de nuevo y negó con la cabeza.

—No has cambiado. Sigues siendo un niño.

Arturo se acercó hasta ella y le devolvió su bolígrafo.

—Al que sigues queriendo como el primer día.

Ella se dejó caer de la cama al suelo y apoyó la espalda en los pies del mueble. Le encantaba sentarse sobre la moqueta azul, a juego con el edredón, y con una de las paredes, donde la constelación de Andrómeda estaba dibujada enfrente.

—Sin tu amistad no sé qué habría hecho todos estos años —comentó como si tal cosa, sin percatarse del daño que hacía a «su amigo».

Arturo cerró de forma brusca el cajón de la mesa al escucharla y volvió a golpear el globo astral provocando que girara con fuerza. Apretó el puño de su mano derecha de forma inconsciente y tensó la mandíbula por sus palabras.

Unas que lo herían desde hacía demasiado tiempo. Con las que había tratado de convivir y casi lo había logrado.

Casi...

Amistad...

Su relación se basaba en ella.

Amigos...

A veces era suficiente, pero otras...

